

## Inenamorada terqueza

**L**A Mancha tiene muy escasas las maneras para el despropósito y el júbilo. El júbilo no es de origen manchego. Por estas tierras va muy desmaridada la alegría y el catre está solamente para el desahogo y la calentura, o todos los jardines son románticos empedernidos, herejía foránea el sonreír y la mismísima danza del corazón. En la Mancha se tiene uno que esconder el corazón en la alacena, con el letuario y el arrope; no cantes, niñecita, que es peor: Te apuntará el vecindario en la pizarra del ayuntamiento, forastero. La alegría le sienta mal a estos pueblos atrincherados en la sombra carcomida del campanario, y el pajarerío azul de la siesta repica muy pocas veces a gloria. El domingo de Pascua es de otros mapas. Lo que por acá funciona de maravilla es la procesión de las cadenas, tápate el resplandor mismo. El dolor, sí. El dolor y la pena son autóctonos, villas estas para los enterramientos y los contentamientos al revés: ¡Ay qué pena lo bien que lo hemos pasado, lo requetehermoso que es el luto y el gustirrinín del requiescat in pace, donde se ponga el sufrimiento entero no hay nada que se le compare, señor cura! Por acá a quien le duela más la existencia se le ensancha de orgullo el salvaconducto y el papeleo manchegos. El afecto, la cordialidad, la simpatía, la imaginación, el cantar, el entretenimiento que dona el entusiasmo, pasan, velocísimos, como los trenes de Eladio Cabañero, eróticos como sus ventanillas encendidas de paso para Andalucía o Levante; que, por Río Zancara, corazón, se precisa cavar con los ojos de tierra la tierra misma de los ojos. En la Mancha el mundo está ahí frente a nosotros, contra nosotros, no con nosotros; y los árboles, los rosales, la yerbecita traslúcida, las margaritas y los geranios empujan, como niños a la salida del colegio, a las raíces del vino, o no ha lugar para la lujuria de la alegría de lo inútil. San Francisco de Asís hubiese sido por acá mayoral de la hidalga. Y Las Tablas de Daimiel son zarandajas

postmodernas; el Festival de Teatro de Almagro asunto desproporcionado; todos los ecologistas, los poetas, pintores, músicos, danzantes, vividores y gente parada, señoritos de mierda. Un arcoiris no vale lo que vale un remolque de uvas, señor; para huertecejos estamos; o si los pueblos se mueren, la cal no es para los funerales; que, como el mío, no existe otro lugar a doscientas leguas a la redonda, tan resplandeciente y vivo como estaba, Antequera, Valbuena, anciano de junio y porcelana, López Torres, amor. La estética es de extranjería, o por aquí pagan aduana los requiebros, el vuelo del abrazo y hasta el Espíritu Santo, si le diese por echar un bando exigiendo el alborozo y los cariños. En La Mancha está prohibido querer, emocionarse, dejar que se le note a uno, en el chisporroteo de los ojos, el duende de la admiración y la descompostura; que no tienes, hija, formalidad alguna. El baile es para descomulgados, quehacer tan sólo de las gentes de circo cuando la feria; tú a la novena de la Purísima y no te entretengas junto a la glorieta del Pósito, oye la misa en la Capilla de las Animas, y, cuando termine la letanía de los Santos, estará padre a buscarte para que no vuelvas sola a casa, no te llamen zorra los jubilados del casino.

**T**IENE la Mancha la geografía del corazón muy poco acariciada, o el amor, ya se sabe, carece por completo de santo y seña. Por aquí, los santos y las señales quien los ha visto y quien los ve. En la Mancha solamente tienen sentido los adentros, pero que no se te noten, ea. "Se me nota el amor como los senos", escribiste en un verso barnizado de sol una vez, Sagrario, pero qué cosas se te ocurren, hija. Claro, que así te va a tí. En la Mancha estas realidades ni se

mientan, pecado mortal, poeta y mujer tenías que ser tú, encanto. En la Mancha los pecados capitales son justamente los otros: la simpatía cordial, la esperanza relampagueante y lúdica, la semántica evocadora y fúlgida de los seres humildes que querría prodigar la tierra, el entretenerse por la calle de Santa Rita, viendo los atardeceres, pergeñar "El Cardo de Bronce", reeditar "Deucalión", traer a Angel Crespo para la Fiesta de las Letras, mirarse directamente a los ojos los enamorados y que se te note el amor como los senos, ricura.

En los pueblos y aldeas manchegos, compadre, no se puede ni se debe querer. Pero "¿porqué me saluda usted a mí, diga?" "A usted no le han dado vela en este entierro". ¿Qué le he hecho yo para que sea delicado y afectuoso conmigo? En la Mancha uno tiene que meterse solito en su casa, esconderse las estrellas en el bolsillo de la pelliza, ahorcar los pájaros, guardar la luna en el último cajón de la cómoda y sorberse las lágrimas, desacompañado en la orfandad de la cocinilla. Prohibidos los detalles y las atenciones que la ternura es para que le pongan juicio al juez, alguacil, a la secretaria del Ayuntamiento, al párroco y a la muchachita de COU, que le ha dado ahora por irse a la Capital a estudiar filología y otros melindres, joder; sarmentando los querríamos a todos para que se les quitasen esas malas ideas de la cabeza, de enjalbegar la plaza de la Tercia y la esquina de Arias, o arreglar la Posada de los soportales como Casa de Cultura y museo de pintores, o plantar árboles en el camino de la Estación. Coño con tanto arbolito y tanta flor: si el amor y las delicadezas no han traído por estos campos nunca buenas cosechas, o Dios mismo envejece cada día más, y los tiempos que llegan son tiempos de indigencia; o, como dijo el otro, ni que hubiese sido de Villamala de los Montes, la esperanza es el último de los males salido de la Caja de Pandora.

Valentín ARTEAGA